



Fragmento de novela

Premio, Concurso XXV

LETARGO DE BAHÍA

Alberto Castillo Pérez*

I

Pechy odió esa mañana caliente como horno de hormigón, odió también las paredes de madera de su casa y los cuadros viejos que adornaban la sala atiborrada de figuras de porcelana traídas de Belice. Sintió que su sangre hervía porque los tablones del piso retumbaban con sus pasos y el sol había opacado las cortinas estampadas con flores. Hubiera querido acabar con los atados de velas que colgaban en un rincón de la cocina, con los moldes para fabricar veladoras y con los vasos adornados con imágenes de santos y vírgenes. Tuvo ganas de quemar la cera que tenía en latas para ver cómo ardía hasta convertirse en un hilo de humo negro y oloroso. Pero se detuvo ante la mirada sonriente de Francisca que gozaba del coraje contenido de Pechy y le mostraba un sobre blanco rasgado por un extremo. Guardó silencio mientras los intestinos le crepitaban. Esperó para escuchar a Francisca. Tenía curiosidad por saber cómo sonaría la voz de su hermana después de haberle enseñado la carta.

—Ya sabes que es de Aspiri, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quién te lo dijo?

—Tú.

—Yo no te he dicho nada.

—Con verte la cara se sabía.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

—Y qué, ¿no te da gusto?

—Me da igual.

Desayunaron intercambiando el pocillo lleno de café caliente, el azúcar mezclada con hormigas muertas, las galletas de limón y una que otra mirada espinosa. La piel se les erizaba cuando sin querer los dedos entraban en contacto, parecía que sus cuerpos se odiaban como los monos odian el excremento. Después de sentir un dolor a lo largo de la espalda, Pechy se levantó pensando que no quería ver más a su hermana. Francisca siguió con los ojos sus movimientos de la mesa a la cocina y después a un sillón de la sala.

—¿No quieres saber qué dice la carta?

—No Francisca, no me interesa.

—¿Ya no? Antes querías enterarte de todo.

—Pues ya no.

Francisca, recelosa, guardó la carta entre sus pechos como quien esconde una medallita milagrosa o el dinero de la primera venta del día. Dejó la mesa y fue a sentarse en una mecedora, frente a Pechy. La costumbre de una vida compartida la había hecho ser indiferente a su aspecto físico; ahora le encontraba los párpados atiborrados de pequeñas arrugas, las mejillas sueltas y canas que le brillaban en la frente. Francisca sintió que había olvidado el paso del tiempo y preocupada se tocó el rostro discretamente revisando el estado de su piel. Pechy, que miraba de reojo, notó los movimientos de su hermana y barrió con las pupilas el cuerpo de Francisca. Encontró polvo entre los pliegues de su cara y moho cubriéndole vientre y piernas.

—Estás vieja.

—Tú también.

Francisca caminó despacio por la habitación, evocando su propio rostro. Tratando de asir la imagen que conservaba de ella misma, para compararla con la que vería en el espejo del ropero. Acercó la cara al cristal y se revisó la frente; encontró que el sol la había marcado con un gesto desagradable. Un ojo se clavó en su reflejo descubriendo una imagen equivocada. La boca se abrió sobre sí misma para perderse entre comisuras profundas y colores opacos. Se alejó un poco y desconoció sus piernas y caderas.

—Estás muy gorda Francisca.

—Así le voy a gustar a Aspíri ahora que venga.

—¿Va a venir?

—Eso me dice en la carta.

—Pues estás loca si le crees. Hace diecisiete años que no se para por aquí y no tiene a qué venir.

—Viene para vivir conmigo.

—Pues a ver qué haces, porque yo no quiero verlo en esta casa.

—Aspiri viene de pasar quién sabe cuántas penas y tú no lo vas a echar de mi casa.

—También es mi casa. No se te olvide que mamá, antes de morir, dijo que también era mía.

—Te da coraje que Aspiri me haya preferido a mí y no a ti.

—¡No quiero que venga! ¡No lo voy a dejar entrar! ¿Oíste Francisca? ¿Oíste?

Pechy odió a Francisca y a los diecisiete años de vida común en esa casa con techo de lámina. Odió también el cuerpo ancho de su hermana: las nalgas llenas de carne y los pechos abultados que jamás habían producido alimento. Sintió coraje al ver sus brazos marcados por venas saltonas. Aborreció su propia cara, tan seca como el resto de su cuerpo. Odió el sudor que le corría por el cuello hasta mojar el borde de su vestido de tela delgada y gris. Afuera, el calor arreciaba y la calle entraba en letargo.

Amor:

Perdóname. De verdad no pude escaparme para ir a verte. Mi mamá no me quitó los ojos de encima toda la tarde. Me puso a bordarle la orilla a un mantel que, según ella, tenía que entregar con urgencia. Cuando terminé ya eran más de las siete, y en lo que me arreglé dieron las ocho. Corrí rezándole a Diosito para que me hubieras esperado, pero no, ya no estabas. No te lo reprocho, después de todo, nuestra cita era a las seis. Seguro te fastidiaste de tanto estar parado en el muelle. Imagino cómo veías el sol cuando se metía allá por el rumbo de Santa Elena. Tal vez viste alguna lancha repleta de beliceños. Después empezó a oscurecer y me extrañaste más que nunca, porque te sentías solo entre tanta ola ruidosa y tanto rechinar de tablas en el muelle. Pero yo te extrañé más. Apenas tenemos dos semanas de ser novios y me parece que ha sido toda una vida. Necesito que me abracés, que digas que me quieres y me toques todita. No creas que soy una mujer sin principios porque te escribo lo que siento. Lo que pasa es que quiero demostrarte mi amor y también desahogar la pena que me causa el no haberte visto esta tarde. Con esta carta te mando todo mi cariño. Quiero que cada palabra sea como el beso y la caricia que no te pude dar. No sé que voy a hacer toda la noche, no voy a tener un recuerdo fresquito para gozar mientras las horas de oscuridad pasan. Deseo que sea otro día, que den las seis de la tarde y el bochorno del clima baje, que el aire sople tibio y tú me esperes en el muelle. Nos vamos a meter en una lancha para besarnos sin que nos vean, voy a escuchar contenta todo lo que me digas al oído, así pasaremos toda la noche y va a ser de día otra vez y serán las seis de la tarde eternamente.

Ojalá estés pensando en mí. Lástima que no pueda escaparme de casa para ir a verte. Te extraño. Mi hermanito se va a quedar esperando a que me contestes la carta. Quiero leer hoy mismo tu respuesta. Te quiero.

Aspiri:

Tienes las manos muy grandes y llenas de callos, ayer que me agarraste del brazo las sentí y me dio miedo. Dicen que con esas manos le partes la cara a cualquiera que te rezongue o te lleve la contraria. El otro día oí a doña Laura diciendo que eres un animal, que hablas con palabrotas de negro y que una vez hasta le volaste los dientes a tu padre. Pero yo creo que si lo hiciste fue porque andabas borracho, y los borrachos no saben lo que hacen, el aguardiente se les mete en la cabeza y los maneja. Francisca dice que eres muy bueno aunque bebas. Mi papá a veces llegaba borracho a la casa y le pegaba a mi mamá. También me pegaba a mí. Pero me escondía en el ropero y no hacía ruido. Luego oía las palabrotas que el vino le ponía en la boca y que le gritaba a mi mamá. Ella lloraba mucho, pero después se ponía contenta y hasta le decía que le dijera más de esas cosas. Se me hace que él tenía las manos como tú, porque a ella le gustaba que la tocara y creo que también tenía miedo. Pero mi mamá decía que así son los hombres y cuando él se fue ella lloró mucho. Y yo también.

II

Pechy veía con indiferencia cómo el sol matinal se desvanecía sobre la mesa esquinera; dejó que la luz siguiera envejeciendo las fotografías amontonadas en ese rincón que era una mezcla de altar y basurero. Algunas veladoras ardían, negándose a consumir el último vestigio de su corta vida nocturna; a falta de luz, los restos de cera hacían acto de presencia con un hilito de agonia danzante y negra. La fotografía de Aspiri regía esa zona de recuerdos, a su lado las primas, vestidas de rumberas alegraban el mantel harto de rostros serios, ojerosos y tristes. Francisca se acercó para retirar las ceras apagadas y desempolvar un poco el sitio. Tomó con delicadeza la cara de Aspiri atrapada en papel y la colocó junto a su mejilla.

—Es la foto que más me gusta.

—A mí me gusta más la de nuestras primas.

—¡Qué horror! Esas balas perdidas acabaron en un burdel.

—Porque quisieron. Habrá sido muy su gusto.

—Cada día estás peor Pechy.

—Fíjate que no, me gustaría ser como ellas, pero ya no estoy para esos trotes.

—¡Qué bueno que lo reconoces!

—Tú también deberías reconocerlo. Eres más grande que yo.

—Eso no le va a importar a Aspiri. Ya lo verás.

—¡Deja de hablar de él! ¡No quiero que digas su nombre!

La mano, extendiéndose como rama de ortigas, arrebató la fotografía. El piso sonó cual tambor de guerra y su ritmo llegó hasta las paredes. Primas, tíos,

abuelos, amigos, parientes lejanos y desconocidos volaron de la mesa al suelo. Algunos llegaron con manchas de cera que después fueron estampadas con pisotones.

—¡Suéltame!

—¡Deja la foto de Aspiri!

Francisca recuperó su tesoro, entró al cuarto y buscó entre la maraña de objetos un lugar seguro para guardarlo. Tal vez bajo el velo del ajuar de novia que nunca se puso; no, la ira de Pechy buscaría deshacerse del pedazo de tul que tanto amaba. En el cajón de medicinas tampoco, podría quedar impregnado del olor de la quinina o peor aún, embarrado de yodo. Bajo el catre se llenaría de humedad y aire amargo. Sacó el sobre que había guardado entre sus pechos y lo colocó, unido a la fotografía entre las páginas de La Biblia que tenía sobre el tocador. Después fue a la cocina. Encontró a Pechy llorando mientras preparaba la mesa para trabajar. Vio cómo salpicaba de lágrimas el tambo de cera blanca con el cual haría los cirios y sintió lástima. Pensó que Pechy no había conocido el amor, que la vida se le había derretido llenándose a goterones de desesperanza y que ahora, con más años encima, jamás lo encontraría. Pechy calentó la cera sobre el fogón y la movió lentamente, dejando que los borbotones se inflaran como penas y después reventaran por no poder aguantar más. Dejó de llorar y observó el patio plagado de yerbas, recordó que le gustaba tomar el machete y chapear, trozar al golpe de filo cada zacate que asomaba del suelo. Allá al fondo, la cerca de piedras parecía un gran reptil espolvoreado con cal. En la calle no había gente. El calor ahuyentaba todo aquello que tuviera vida. Solamente las plantas: aquella mata de chaya, el coco, el tulipán, el tamarindo y la ciruela tenían que soportar el brillo del sol; debían quedarse más quietas que nunca para que no les ardieran los cuerpos. Francisca sintió que Pechy la necesitaba, se le acercó con timidez, disimulando mientras envolvía un atado de velas en una hoja de periódico. Tratando de no hacer visible su interés mientras extendía los hilos encerados.

—¿Te ayudo?

—No, gracias.

—Ándale, ya no te enojas, me haces sentir mal.

—¿Quién hace sentir mal a quién?

—No empieces.

—Lo que quisiera es terminar.

—¡Pechy, perdóname! No quise hacerte enojar, es que, tú deberías entenderme. Yo trato de entenderte a ti. Sé que sufres, que no te ha ido muy bien por la vida pero . . .

—¡Cállate Francisca! ¡No te metas con mi vida!

—¡Lo que te falta es amor! ¡Te ha faltado siempre! Y te molesta que yo sí lo tenga.

—No tienes nada, Aspiri te dejó botada.

—Pero cuando menos conozco lo que es un hombre. ¡Tú ni a eso llegas!

El brazo abanicó el aire y terminó su movimiento golpeando el recipiente. Gritó. La cera fue perdiendo su transparencia al ponerse en contacto con el aire. Las piernas de Francisca se cubrieron de un color blanco ardiente. Pechy corrió, no quería saber nada de lo que había pasado, no quiso detenerse a pensar en el bote con cera caliente. Tampoco deseaba pensar en los gritos de Francisca y en su no saber qué hacer para calmar el dolor. La observó desde el patio, la vio salir y acercarse a la cisterna, tomar una cubeta, llenarla de agua y después verterla sobre sus miembros quemados, blancos de tanta cera. Pechy se escondió tras la albarrada. Sabía que su hermana tendría algo más que echarle en cara, era otra razón para sentir culpa. Más culpa que la que sintió aquella vez que le robó el anillo que le había regalado Aspiri para arrojarlo al pozo. Más miedo que cuando su madre descubrió las cartas de amor que escribía. Cartas que nunca mandó porque tenía miedo y se sentía culpable.

Enojón:

Te prometo que no vuelvo a hacerte lo de ayer. Pero tú tienes que prometerme que vas a ser más considerado conmigo. Ya sabes que te quiero y que soy toda tuya, pero tienes que ser paciente. Yo puedo permitir que me beses y acaricies, pero no más. No se trata de que tenga desconfianza como dijiste, yo sé que eres el hombre de mi vida y me vas a cumplir, es más, no podría jamás mirar a otro que no fueras tú. Pero tenemos que esperar. No hay prisa, ten la seguridad de que cuando llegue el momento me vas a tener en tus brazos como quieres.

Te quiero ver mañana temprano. Saldré al mercado con mi hermanito a eso de las ocho. Te esperaré en el Parque de los Caimanes, junto a la fuente. ¡No me vayas a dejar plantada! No hay ningún pretexto para que faltes, trabajas a dos calles y no te cuesta ningún esfuerzo caminar. Y para que te animes más, te comunico que me voy a poner el vestido floreado con el que tanto te gusta verme. Y si te portas bien tal vez hasta me anime a ir a caminar por la orilla de la bahía. Imagínate: tú y yo solos, sintiendo el aire que nos golpea el cuerpo. Podemos quitarnos los zapatos y sentir las piedritas y la arena al caminar. Además por allá hay muchos lugares solitarios. Me pongo muy romántica cuando veo las raíces retorcidas de los mangles saliendo del mar. Imagino que son como brazos y piernas de muchos amantes que se revuelcan en el lodo. A mucha gente no le gusta el olor que sale de los manglares, dicen que huele a podrido; pero a mí me hace sentir como mareada y me ataranta bien bonito. Así que tú sabrás si vas o no.

Espero tu respuesta. Soy sólo tuya y tú mío.

Aspiri:

¿Por qué me miras así? No me veas así, me da miedo. Siento como que tienes la cara de mi papá cuando llegaba borracho y me pegaba. Ya viste que

yo me voy lejos y no te molesto. Mi mamá me enseñó a ser un niño educado y a no repelar a los mayores. Siempre te hago caso cuando me mandas algo y hasta el otro día te fui a comprar cervezas para que se te quitara el calor y la sed; y no me tardé nada, corrí al estanquillo que está junto al cine Leona Vicario, pedí las cervezas y regresé luego. Pero tú no te pusiste contento, al contrario, empezaste a mentar madres y aventaste las cervezas. Yo no sabía qué hacer, ni por qué te habías enojado y me puse a llorar. Ya luego como que se te bajo la muina y me dijiste que ya me calmara y me acariciaste los cabellos. Pero me veías feo y ya no quiero que me veas así. ¿Entendiste? No quiero que me veas así, yo soy bueno.

III

Parecía que las piernas de Francisca estaban hirviendo. Las burbujas de pus le poblaban la piel brillante y cubierta de aceite para cocinar. Tenía los oídos plagados de cantos de pájaros y murmullos de media mañana, que le revoloteaban en los tímpanos hasta dejarla sorda de momento en momento. Le ardía todo, la cera caliente se le había metido por los poros hasta provocarle quemaduras en el alma. Ahora tenía que arrancarse las costras blancas, como una víbora que cambia de piel. Pechy seguía tras la barda. No quería moverse de ese sitio, no le importaba que el sol le cayera de lleno y le provocara un sudor irritante y pegajoso. Si regresaba a la casa seguramente tendría que pedirle perdón a Francisca y escuchar sus reproches y quejas. Después lloraría hasta terminar acunándose en los brazos de su hermana, jurando que no lo haría nunca más, que se portaría bien, que haría penitencia y que mañana mismo se lo confesaría al señor cura. Pero tenía miedo del sol que le calentaba la cabeza y de los alacranes que salían por entre las piedras de la albarrada. Se puso de pie y caminó un poco, fue a sentarse bajo la sombra de la mata de coco para refrescarse la frente atiborrada de malos pensamientos. Francisca ya se había puesto de pie y caminaba por la casa, asomándose por la ventana trasera de cuando en cuando. Le dolía más el orgullo que la piel de las piernas. Salió al patio. Caminó. Fue acumulando las palabras precisas mientras daba cada paso y al llegar frente a Pechy las soltó, arrojando con fuerza la pedrada de su voz.

Lo peor de todo es que te escondes. Toda la vida te la has pasado escondiéndote. Eres cobarde. Aspiri me dijo muchas veces que te le andabas pasando enfrente. Que te le ofrecías. Pero nunca te hizo caso porque le daban asco tus gestos y todo tu cuerpo. Y quédate ahí sentadota si quieres, no me importa ¡púdrete!

Pechy no contestó porque los gritos se le quedaron atorados en la garganta y las palabras de Francisca le sonaban a campanadas. Dejó que cada gesto le retumbara en los oídos y se quedara repitiendo un eco interminable. Aun

cuando su hermana ya se había callado, Pechy continuaba escuchando un susurro agudo en su mente. Después se echó a llorar y lloró por mucho rato, porque le dolían sus impulsos locos y le dolían todas esas cosas que jamás dijo y que ya nunca diría.

¡Cállate Pechy! Lo único que haces es llorar. ¿Crees que con eso solucionas las cosas? ¡Cállate Pechy! Me pones de nervios. Me molestas. Quien debería estar lagrimeando soy yo. ¡De veras que contigo no se puede! Yo no sé por qué mejor no me largo y dejo de cargar contigo. Eres como un niño de pecho. Ven, entra a la casa. ¡Te digo que vengas! ¡Ya! No me pasó nada, ya no me duele. Ven conmigo y entra a la casa.

Se acurrucó y sintió las manos ásperas, la voz dulce y la respiración tranquila. Quiso dormirse mientras le duraba el sopor que dan las lágrimas, y cerró los ojos para soñar con los paseos que daba con su madre por la orilla de la bahía: eran tardes frescas, abotagadas de un mar verde que entraba en letargo cuando el sol dejaba de brillar; entonces todo era como en los sueños, la vida se podía ver a través de sombras y las fantasías se mezclaban con la realidad de un cielo estrellado que se iluminaba de tanto en tanto con la luz blanca del faro de Chetumal. Francisca interrumpió su sopor, le recordó que vivía y que todas esas cosas que separan a los pecadores de Dios deben ser realizadas para merecer la vida eterna.

—No te duermas, abre los ojos y vete despabilando porque tenemos que hacer las veladoras para nuestra señora de Guadalupe.

—Pero ya no hay cera Francisca. La desperdicié toda.

—En la alacena tengo otra lata, prepárala.

—No quiero, quiero que me abracés mucho rato.

—Si nos apuramos, vamos a tener la tarde libre.

—Francisca, ¡abrázame!

—Ya lindura, ya, no pasó nada.

El sol estaba por llegar a la parte más alta del cielo y las calles se iban adormeciendo. La gente también. Podía verse cómo casi a un mismo tiempo las ventanas de las casas se cerraban para evitar el calor de mediodía. Comenzaban los rechinidos y el paisaje hogareño inundado de redes multicolores. El vaivén de las hamacas provocaba un concierto de ganchos metálicos atorados en las paredes. Leves aires aplacaban el sudor y dejaban que los cuerpos se recuperaran del agotamiento matinal. Pechy no descansaba, quería ganarse de nuevo la confianza de Francisca y desalojarla de rencores. Colocó el bote con cera en la hornilla y observó cómo se derretía lentamente.